

10 céntimos

# EL IDEAL

10 céntimos

Organo de las Juventudes Republicanas Revolucionarias de los distritos de TORTOSA Y ROQUETAS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
En Tortosa un mes. 0'25 ptas.  
Fuera, trimestre, 1'00

TORTOSA 16 DICIEMBRE 1916  
No se devuelven los originales aunque  
no se publiquen.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
Bajada del Puente del Estado,  
IMPRENTA, (Ferrerías) TORTOSA

## EL ANTICRISTO

He aquí unas líneas admirables, del más grande de los pensadores, Federico Nietzsche que copiamos de *El Anticristo*, para que lean todos aquellos que tienen miedo al hablar de religión, que dan a la religión con su mutismo canallesco la preponderancia y dominio en los espíritus que hoy tiene.

Estas palabras, lector, léelas hasta que te queden grabadas en la memoria. Y cuando sientas miedo ante el gran cisma o tu espíritu desconfía, recuerda estas palabras con la unción del poseído:

\*\*\*  
«Termino aquí y pronuncio mi sentencia. Condeno al cristianismo, formulo contra la Iglesia la más terrible de las acusaciones que haya lanzado fiscal alguno. Es la mayor corrupción que puede imaginarse; en ella alienta la voluntad de la última corrupción imaginable. La Iglesia cristiana no ha economizado la corrupción en parte alguna; de cada valor ha hecho un sin valor, de cada verdad una mentira, de cada integridad una bajeza del alma. ¡Que se atrevan a hablarme todavía de sus beneficios humanitarios! Suprimir una miseria era contrario a su más hondo utilitarismo; vive de miserias y ha creado miserias para eternizarse. El gusano del pecado, por ejemplo, es una miseria con que la Iglesia sola ha enriquecido a la humanidad. La «igualdad de las almas ante Dios», esa falsedad, ese pretexto para los rencores más bajos, ese explosivo de la idea que acabó por tornarse Re-



volución, idea moderna, principio de degeneración de todo el orden social; esa es la dinamita cristiana. ¡Beneficios *humanitarios* del cristianismo! Hacer de la *humanidad* una contradicción, un onanismo, una aversión, un desprecio hacia todos los instintos buenos y rectos! El parasitismo, única práctica de la Iglesia, bebiendo, con su ideal de anemia y de santidad, la sangre, el amor, la esperanza de la vida; el *más allá*, negación de toda la realidad; la cruz, contraseña para la conspiración más subterránea que ha habido jamás—conspiración contra la salud, la belleza, la rectitud, la bravura, el

ingenio, la hermosura del alma, *contra la vida misma*.

Quisiera fijar en todas las paredes esta acusación eterna contra el cristianismo, pegarla donde quiera que haya una pared. Tengo letras que hacen videntes hasta a los ciegos. Llamo al cristianismo la única gran calamidad, la única gran perversión interior, el único gran instinto de

odio para el cual no hay medios demasiado venenosos, demasiado subterráneos, demasiado ruines... le llamo la única, la inmortal deshonra de la humanidad.

¡Y se mide el tiempo contando a partir del día nefasto en que comienza este destino, a contar desde el primer día del cristianismo. ¿Por qué no ha de medirse a contar desde su último día? A contar desde hoy... ¡Transmutación de todos los valores!»



## IMÁGENES

Es en el cielo. Reunidos en consejo unos seres superiores... Unas almas van pasando ante este tribunal. Oigámoslas.

El tribunal.—Es el momento de la verdad, de la confesión inminente, del perdón. ¡Hablad!  
—Un alma.—Seres augustos. Vengo hastiado del mundo. Es una farándula fatídica. He vagado por todas partes y en todas ellas he visto una loca obseción. He reconocido un dios católico, un Mahoma también dios, un Buhda también dios, un Confucio también dios por doquier donde he vagado los dioses se hacían pagar caros de verles y tenerlos. En todas partes se explota el verlo o venerarlo. En todas las religiones hay una amenaza consignada para el que se atreva a descorrer el velo que cubre sus misterios. ¡Y sus misterios son artimañas, reclamos comerciales! No he hallado en la tierra, Dios, ni hombre que me hayan respetado. Ni mis ideas. Ni mis sentimientos. Yo, que soy un sér natural, no he merecido el respeto de mis semejantes; los supuestos, las ficciones de estos seres dioses han merecido del respeto, del sacrificio de todos.

Otra alma.—Solo espero de vosotros juzguéis lo que os diga. En la tierra no han querido oírme. A mí, miserable, nadie me ha besado la mano callosa del trabajo, ni se ha doblado reverente nadie a mi paso. Pero a mis explotadores, a mis gobernantes, había seres serviles que doblaban su cuerpo como una espátula. A ellos les besaban las manos, y como a ellos, a los pastores de la religión que son respetados como seres superiores. Estas mis manos no han castigado lo malo, los escarnios que se me hacían. Yo, un sér viviente, he sido explotado miserablemente. Pero, he visto como las imágenes de Santos, sirven para los más viles explotaciones. He predicado toda esta maldad y nadie se ha fijado en mí.

Otra alma.—Es precioso el vivir. Soy siervo del Señor, y he redimido un buen número de almas pecadoras de este pícaro mundo. En la tierra, procediendo bien se halla uno bien... El jurado interrumpe, gritando, indignado—¡Callad, miserable! Tu vivías bien y los desgraciados estos mal. Te preocupabas de tu vida con la santidad, que olvidabas las demás que te estaban encomendadas. Y cuando llamaban a tu puerta míseros y extraviados no les habrías por que no tenían ellos bolsa que abrirte para despertar tus caros sentimientos. ¡Satisfecho de la vida...! ¡Miserable!

¡.....!

ZEUS.

## CREO EN DIOS

Si, creo en Dios. Con todo el fervor de una alma creyente siento a Dios, amo a Dios, confío en Dios. Pero el dios que yo siento no es ninguno de estos dioses feroces y vengativos que crean las cosas por el placer de destruirlas después; no es ninguno de estos dioses que basan su existencia en cosas misteriosas y sobrenaturales.

El Dios que yo amo no es ninguno de estos dioses que permiten que en su nombre haga una porción de aprovechados que vivan explotando la maldad de gente; no es ninguno de estos dioses que permiten que en su nombre se cometan los mayores desmanes, las más terribles iniquidades.

El Dios en quien yo confío no es ninguno de estos dioses que queriendo y pudiendo convertir el mundo en un paraíso lo convierten en un antro de bestialidad y salvajismo. No. Mi Dios no se llama A'áh; no se llama Buhda; no se llama Brahma; no se llama Mahoma; no se llama Jehová. Mi Dios a modo de la trinidad cristiana está sintetizado en estas palabras: Libertad, Progreso, Humanidad.

J. CASADÓ NOLLA.



—¡Con la porquería que hay hoy día!  
—Quieres decir hermano, que claustros adentro también hay porquería?

## La España clerical

—No me toquen la marina!—exclamó en cierta sesión memorable cierto ministro del ramo, discutiendo las condiciones de nuestros buques de guerra y el modo de construir nuevas unidades de combate. Y es que al hablar de la marina, por instinto, nada más que por instinto, creería el ministro que la fiscalización



o censura—lo que hubiere—comprendía de pleno a toda la marina; y por eso dijo el ministro lo que dijo. En España suele ocurrir eso, por salvar el *singular* se abusa del *plural*. Se ve la llaga pero no se ataja al microbio; ántes la gangrena que la amputación de un miembro.

Y así ocurrir suele en todos los órdenes y asuntos. Lo mismo importa un ministerio que otro; una clase social que otra: tal o cual corporación o jerarquía; este, ese o aquél convertido o no en autoridad; todo, en España, se ve y se juzga superficialmente, particularmente, singularmente. Se trata de discutir o fiscalizar los abusos burocráticos: ¡Alto ahí, que el personal es digno! Al militarismo: ¿Quién osa empañar la dignidad y el honor del Ejército? A los que deshonoran la santidad de la toga: ¡No puede tolerarse que sea profanada la Justicia! Se fustiga al clericalismo: Encartado por ofensas a la religión del Estado.

Pero no se quiere comprender que a quien se fiscaliza o censura no es al personal burocrático, ni a la Justicia, ni al Ejército, ni a la Religión, sino a lo que por su conducta y sus abusos hace odiar la clase u organismo a que pertenece.

Lo que dijo, pues, cierto ministro: ¡«No me toquen la marina»!, es la oración sacramental que retrata de cuerpo entero a la España rutinaria y quijotesca. Nada importa que se nos coma el orín, el objeto es dejar a que se inutilice el quicio de la puerta y tengamos de quedarnos en la calle. Mucho rezo y mucho confesonario y mucha ignorancia y mucha hipocresía. He aquí la España, he aquí la nación sumisa y esclava de la sandalia del fraile; nación que vive musitando cuatro latinajos, que no sabe ni entiende, y se alimenta de supersticiones y bestialidades que entumescen su cerebro, convirtiéndola en el házme reír de los países cultos y progresivos.

Desengañémonos: en España la religión no vive de la creencia religiosa, vive de la alcahuetería del clericalismo. Quitad el clericalismo, la alcahuetería del clericalismo, y la religión quedará convertida, en comparación a cero o casi cero. Porque sin clericalismo no habría intrigas, ni fastuosidades, ni ignorancia, ni fanatismo; que como se sabe, es el aliciente principal, que induce a realizar ciertos actos y manifestaciones que de otro modo no se realizarían, y si se realizaran los inspiraría la conciencia, siempre respetable, del individuo en aras de la creencia religiosa que sintiera y profesara.

Bien dijo Gambetta, refiriéndose al clericalismo: «He aquí el enemigo». El clericalismo es la escoria que ensucia la corriente de la paz y

armonía sociales. En todo hurga y se mete. Nada teme ni repara. Es la hipocresía y maldad hecho carne y acción ¿Cómo es posible que España, el pueblo prospere si su avasalladora acción alcanza a lo más recóndito del alma española? Horroriza pensar y meditar en ello. El cinturón, la muralla de conventos nos oprime y asfixia. *Fray Gerandio*, en su excelente libro *EL TORMENTO EN LOS CONVENTOS*, nos da la respuesta con la siguiente estadística de los que existen en cada una de las provincias españolas.

«Coruña, 57; Lugo, 38; Orense, 31; Pontevedra, 43; Cáceres, 53; Badajóz, 73; Oviedo, 63; Burgos, 98; Avila, 44; Segovia, 41; Soria 28; Logroño, 66; Santander, 86; Alava, 55; Vizcaya, 124; Guipúzcoa, 112; Navarra, 117; Zaragoza, 112; Huesca, 63; Teruel, 48; Barcelona 480; Gerona; 146; Tarragona, 153; Lérida, 116; Valencia, 167; Alicante, 92, Castellón, 68, Murcia, 89; Albacete, 35; Madrid, 229; Toledo 26; Cuenca 41; Ciudad Real, 49; Guadalajara, 43; León, 54; Salamanca, 66; Zamora, 48; Valladolid, 96; Palencia, 53; Granada 90; Almería, 32; Málaga, 86; Sevilla, 169; Cádiz, 150; Huelva 29; Córdoba, 105; Jaén, 89; Baleares, 164; Canarias, 42.»

Estos datos son aterradores. Resulta que en España, con 18 millones de habitantes, el número de conventos distribuidos en sus 49 provincias, ASCIENDE A 4.430, sin incluir los que existen en Fernando Póo y demás posesiones españolas de Africa, ni contar las iglesias e instituciones de carácter clerical que son innumerables en la península.

Y no hablemos de la riqueza de las congregaciones religiosas en nuestros países, porque si una cosa horroriza otra avergüenza, avergüenza tras el horror, aún más el pensar y ver el bajo nivel moral de quienes llamándose liberales y republicanos—confundiéndose el clericalismo con la Religión—entregan dinero e hijos a los irreconciliables enemigos de la cultura y libertad del pueblo; a quienes, según Nakens ha calculado, la riqueza de las congregaciones españolas puede considerarse, aproximadamente, en MIL MILLONES Y MEDIO.

Sólo así se explica la fuerza del clericalismo. de España clerical, la que no permite que se puede tocar á la marina, burocracia, ejército, justicia, religión, etc, sin sentirse herida la fibra *singular* que aherroja la *pluralidad* Estado: «la mano muerta» imponiéndose a la «mano viva». ¡Todo un símbolo de oprobio y vejámen!

J. SARDÁ Y FERRÁN.





© © © CINCO SONETOS © © ©



Los mercaderes del templo

*Haces falta, Jesús; torna a la vida,  
y mira su gangrena lacerante;  
tú, como un inmortal desinfectante,  
lava esta inmunda sociedad podrida.*

*Aplica por los bordes de la herida  
botonazos de fuego restallante,  
y embalsame la luz de tu semblante  
esta de llagas carne carcomida.*

*Ve tu doctrina de lo noble ejemplo  
ser profanada cual tu antiguo templo  
y hacer tus puras máximas pedazos.*

*¡Jesús, tú que ideificas cuanto quieres,  
lanza otra vez los viles mercaderes  
del interior del templo a latigazos!*

SALVADOR RUEDA.

A Dios

*¿Tu omnímodo poder, de dónde emana?  
¿Quién tu esencia sacó de lo increado?  
¿Quién te ordenó manchar con el pecado  
la noble frente de la extirpe humana?*

*¿Por qué si el hombre por el bien se afana  
lo dejas en la lucha abandonado,  
sin que pueda sondar en su pasado  
ni pueda penetrar en su mañana?*

*Si eres todo bondad, luz y consuelo,  
si eres todo justicia, y desde el cielo  
todo lo riges y a tu voz lo ordenas,  
¿por qué alfombras de abrojos mi camino,  
y me haces inferior a mi destino  
y me haces sucumbir y me condenas?*

ARTURO REYES.

Palabras

*¡Crear o no creer! ¡Siempre lo mismo!  
¿Qué importa ser esceptico o creyente,  
ante un cielo a mi mal indiferente  
o ante una creación en el mutismo?*

*Mil siglos de impiedad o fanatismo,  
tal es tu historia, humanidad demente;  
tú marchas como el mundo, lentamente,  
y siempre como él, sobre un abismo.*

*Llega Jesús; le aclama tu conciencia;  
llega Voltaire, y tu razón le escuda;  
luchan los dos ante la humana ciencia,  
y queda al fin de la contienda ruda,  
de Cristo una palabra: la Creencia  
y otra palabra de Voltaire: la Duda.*

A Dios

*Incomprensible ser: eres un mito  
sin principio ni fin. ¿Cuál es tu esencia!  
Tú eres sabiduría, omnipotencia,  
misericordia, caridad, bendito;*

*tú, bondad y perdón en el delito;  
tú, creador del universo; ciencia;  
tú, la vida y con ella la conciencia,  
y tú la eternidad y el infinito.*

*¿Cómo puedes, Señor, a un tiempo mismo  
ser venganza, ira, infierno y purgatorio,  
cólera, rayo, terremoto y peste?*

*Hombres ilusos del oscurantismo,  
cuervos cuyo graznido es ya irrisorio,  
sotanas sin pudor, ¿qué Dios es este?*

J. DE C.

El templo

*Baluarte de una fe entorpecedora,  
es do, rezando el místico rosario,  
se aprende a ser de la razón falsario.  
¡La Razón!... ¡Incansable gladiadora!  
¡La farsa ayer y la impostura ahora!  
Del púlpito, el altar u otro escenario  
en nombre ¡horror! de un Cristo libertario,  
siempre hicieron del Bien guerra traidora.*

*Es el redil donde la oveja humana  
se deja trasquilar, ¡pobre creyente!  
por las tijeras de una lengua insana.*

*Allí venera al Mal la Hipocresía;  
en él con voz gangosa, impunemente  
canta hosannas al Hierro la Osadía!....*

A. BOADAS Y RIBOT.



## A UNA MADRE (1)

Señora:

Mucho me honráis consultándome sobre la dirección que, en materias religiosas, debéis imprimir a vuestras hijas, preciosas niñas en que admiro las felices consecuencias de un matrimonio por amor, al observar como se armonizan en sus gentiles cabecitas la inteligencia de su difunto padre y vuestra propia hermosura, llena de bondad. Pero si la honra de la hermosura es grande, más grande es todavía la dificultad de satisfacer cumplidamente. No quisiera que un consejo mío apasionado o torpe, perjudicase a esas angelicales criaturas, llamadas como todas las mujeres, por su propia condición, a desarrollar su vida conjunta a otra que ha de gozar el privilegio de la iniciativa.

Más hay un punto, al cual os referís, en que mis ideas son claras, precisas, y en que el consejo se eleva a la categoría de precepto. Aunque firme en mis principios y constante en mis ideas, sabéis que no tengo nada de intransigente. Pues bien: después de examinada la cuestión bajo todos sus aspectos, la viril cerrazón de espíritu que se llama intransigencia se dá en mí cuando se trata del confesonario con relación a las mujeres; y, por eso yo, que sería tímido para aconsejaros otras cosas, si pudiera os mandaría ésta: Jamás llevéis a confesar a vuestras hijas.

¡Jamás! ¿lo oís?

Desde luego tenéis sobrada ilustración para conocer que la confesión auricular no es de esencia en el cristianismo, sino invención de la Iglesia para dominar las conciencias y explotar la fe en beneficio del poder papal. Prueba evidente de ello es que la Reforma, que viene a representar una reversión del cristianismo, prostituido por la Iglesia, a la sencillez de los tiempos apostólicos suprimió la confesión auricular y quemó públicamente los confesonarios.

Así, pues, aunque os halléis inclinada, como parece, a ceder a la rutina o educar vuestros hijos *cristianamente*, no hay por qué los llevéis a confesar, puesto que la confesión no es doctrina de Cristo si no mandamiento de la Iglesia. Escudriñad el Evangelio, y no encontraréis en él rastro de esa sucia y omisa inquisición de las almas que se practica en los confe-

sionarios; en cambio la Historia os enseñará que la confesión fué inventada siglos después de crucificado el Nazareno por un clero atento sólo a su dominación.

Vuestras hijas, señora son puras, como todas las niñas de su edad, que han crecido en el regazo de una madre casta e ilustrada. ¿Qué añadiría a su pureza la confesión?—Nada.—¿Qué puede quitarles? Contestad voz misma, señora, que os habéis confesado.

La confesión viene a ser, a causa de las preocupaciones que pesan sobre el penitente, del aparato con que se rodea el acto, del poder divino que se supone en el confesor y del secreto que asegura el silencio; una exhibición al desnudo de las almas. El desnudo físico atropella el pudor; ese desnudo moral, que viene a ser una depravación del físico, hace más que atropellarle, le mancilla. La virginidad immaculada, como la modestia verdadera, son inconcientes. La confesión que por lo menos ha de arrancarle esta inconsciencia a la virginidad, decidme, ¿no es una profanación de la pureza infantil?

¡Ah!, señora; temblad ante la posibilidad llena de probabilidades de que tras la rejilla del confesonario a que llevasteis vuestras hijas, esos capullos olorosos con el perfume de todas las inocencias (tan fáciles por el mero hecho de ser inocencias de dejarse penetrar, registrar y escudriñar), acechen unos ojos libidinosos, atiendan unos oídos groseros y cuchichee una boca impura. La confesión resultaría un estupro moral, y vos la buena madre, seriais el cómplice voluntario, ¡qué horror!, del estuprador que queda, ¡ho escarnio!, impune.

¿No sabéis acaso de las mil horrendas historias de niñas que, puras hasta la primera confesión, fueron en esto iniciadas por torpes o molvados confesores, en deshonestidades que destruyeron su salud, agriaron su carácter, torcieron su vida o la lanzaron en la senda del vicio? Si que habréis oído de ella; más sino la conociésteis, tomáos la molestia de leer cualquiera de esos libros que son el colmo de la inmoralidad en que aprenden los presbíteros su oficio de inquisidores de almas. Leedlos y os horrorizaréis de lo impuesto que han de estar en todas las abominaciones del vicio los que presumen de perdonar con una palabra los pecados más atroces, y no son capaces de averiguar la más pequeña falta, a menos que candidamente se le manifieste el penitente.

No vale, señora, en esta cuestión decir que si hay sacerdotes malos, también los hay buenos. Todos son hombres. Y quien dice hombre, dice tentación; cuando el hombre tiene a sus

(1) Artículo publicado en el núm. 369 de *Las Dominicales*, el 23 de Febrero de 1889, denunciado el mismo día, con petición fiscal de seis años de prisión correccional para su autor, que fué absuelto libremente por el Tribunal del Jurado en 11 de Noviembre de 1889.



pies la hermosura virginal, la inocencia ingenua, el capullo que pugna por abrirse en la primera confesión. De mí, señora, no respondería siendo clérigo y creyendo. ¿Cómo una mujer prudente que aspira a merecer el agusto nombre de buena madre podrá fiarse de esa clerigalla incrédula que pulula por las sacristías en busca de un pedazo de pan que compartir con sus amas, por lo común género averiado y contrabando místico?

Repito que no llevéis jamás vuestras hijas a confesar. De hacerlo, vencidos todos los peligros ciertísimos que os denuncio, crearías en ella una costumbre que no dudo en llamar madre cruel de ese rebajamiento moral que acusan los pueblos católicos. La idea de que una palabra absuelve de pecado, aunque absurda, llega a penetrar el espíritu del penitente, en-



A cualquier cosa dicen padecer hambre.

gendrado en él la más desoladora creencia que cabe imaginar, esto es, que Dios es un juez sobornable y el crimen algo se resuelve en huecas palabras de arrepentimiento y en una fórmula canónica, que ninguna incomodidad cuesta llenar.

Traed a la memoria el infinito número de cuantos llenos de causticidades contra el clero, en el que el ingenio, naturalmente, claro franco de nuestro pueblo ha vertido su animadversión contra los pícaros hipócritas que anualmente van a descargar el saco de sus culpas a los pies de otro pícaro que los absuelve y ellos os advertirán, mejor que yo, que la confesión auricular, o es nada y no debe practicarse, o es un peligro y debe evitarse, o es una costumbre corrupta del sentido moral y debe combatirse; en suma, que no debéis llevar vuestras hijas a confesar.

Suponed que alguna de ellas, andando el tiempo, cometiera un desliz ¿A quién debería

comunicar su secreto? Sin duda que diréis que a nadie antes que a su madre. Pues estad segura que si la lleváis a confesar, si se acostumbra a pensar erradamente que sólo al cura, como representante de Dios, se le debe abrir la conciencia, a él irá a confiar su falta, y de vos se recatará, y es natural. Al llevarla a confesar la enseñáis que él puede absolverla y vos sólo podéis consolarla. ¿Cuál debe interesarla más?

Por el contrario si la educáis en la verdad de que a su madre, como origen que es y sosten de su vida le debe su confianza toda si aprende que no hay poder humano superior a vuestro poder, ni derecho comparable a vuestro derecho, ni ficción religiosa que valga lo que vuestra realidad natural; tened por cierto que sólo a vos acudirá en sus cuitas y en solo vuestro pecho depositará sus revelaciones. No irá al confesionario para recrear, a cambio de una absolución vana, las lubricidades de un hombre con los detalles de su pecado, sino que acudirá a su madre con su cuita: a su madre que si no puede reparar su honor, sabrá recoger piadosas sus lágrimas.

Más sin hablar de deslices, que os han de apenar aún siendo puras sus suposiciones, advertir que el confesionario es un ojo y es una oreja; ojo que ve, oreja que oye. ¿Qué? Todo lo que sucede y todo lo que se dice en vuestra casa. En vano atrancáis vuestra puerta, en vano cubrís de cortinas vuestros balcones, en vanos os retiráis a lo más escondido de vuestro hogar para hablar, para escribir, para contar vuestro dinero, para encerrar vuestras alhajas, para repasar vuestras cuentas. Si lleváseis vuestras hijas a confesar, en lo más oculto de vuestro hogar os acecharía la iglesia. Allí, el ojo que mira en el confesionario os leería vuestra correspondencia, os contaría vuestro dinero y repasaría vuestras cuentas. Allí, la oreja que oye en el confesionario oiría vuestros suspiros o vuestras risas. ¿Os conviene un espionaje de este género? ¿Os parece prudente que un cura sepa lo que tenéis, lo que hacéis, lo que pensáis? Pues tened entendido que muchos delitos que no tienen explicación, los explicarían los confesionarios si pudieran hablar. ¡Cuántas de sus mohosas rejillas no fueron cómplices de los secuestradores andalucés! ¡Por cuántas no pasó la urdimbre de un asesinato! ¡Cuántas no sirvieron de aduana a un robo!

Pero hay más, señora, que debe impedirnos llevar vuestras hijas a confesar. Esos capullos serán rosas mañana. ¡Y hermosas rosas en verdad! Vedlas, de aquí a pocos años avasallando con sus relampagueantes ojos negros los



corazones de los muchachitos que ahora asisten en las clases del Instituto. Vedlas enamoradas y vedlas también felices en brazos de su esposo, digno de su hermosura y de la virtud que en ellas han hecho florecer el ejemplo maternal y las memorias del honrado padre.

¿Sabéis por adelantado si el desconocido esposo de vuestra hija, educado probablemente en las ideas libres de este admirable siglo, enemigo de las supersticiones y de los embrollos teológicos, vería con buenos ojos que vuestra hija vaya al tálamo acostumbrado a confiar sus intimidades a un clérigo? Ved, pues, como esta costumbre podía ser origen de matrimoniales querellas, de celos y de desconfianzas, mientras que, si por el contrario, casase con un católico, podría este obtener una prueba más de amor y obediencia de ella, llevándola por sí mismo a confesar.

Aunque creo muy difícil que lo hiciera. Católicos y no católicos, todos los casados pueden certificar de una cosa, que es el enojo íntimo, la secreta rabia que experimenta el marido cuando sabe que existe en el mundo un hombre, clérigo o no, en quien pone más confianza que en él mismo la mujer. Por supuesto, que hablo de los maridos, que son también hombres de honor. De la turba-multa de los predestinados no me ocupo, porque injuriaría a vuestras hijas concediéndoles uno de ellos por consorte.

Una mujer casada que va a confesar, ¿qué puede decir al cura?—¿Algo que oculta a su marido?—Ese algo si no es un adulterio, con sus prolegómenos. La confesión convierte al confesor en cómplice; ¡cosa peligrosísima para la propia mujer, para el amante, para el marido y para el cura mismo! ¿Cuántos dramas, cuántas tragedias han originado estas estúpidas confidencias a un extraño? ¿Qué mujer será tan incauta que entregue el impuro amor de su corazón y la tranquilidad de su hogar profanado a un cualquiera, que puede rastramente llamarse a participación en la infamia conyugal, amenazando con una revelación insidiosa del secreto que le fué confiado? Ved amontonarse los peligros con los delitos, señora, cuando la casada es mala y se confiesa.

Notad ahora, cuando la casada es buena, que la confesión es un motivo de perpetua molestia para el marido. Hay en el matrimonio intimidades que jamás deben trascender del lecho conyugal, y que la mujer ha de revelar indiscretamente a su confesor, según los más acreditados preceptistas del género, doctores en inmundicias tan acreditados como el célebre jesuita padre Suárez. ¿Las revela? Pues pone a su marido y se pone a sí misma en un espantoso ridículo; entrega quizá a un malva-

do, quizá a un charlatan, una llave que abre la puerta del templo de sus amores a otro que no es su esposo, ¡peligro terrible! De aquí que debéis tener como axiomático que no hay casado discreto, aunque de muy católico presuma, que no experimente cierto remusguillo de enojo al ver arrodillada a su mujer a los pies de su confesor, que es un hombre; y que haréis perfectamente en no llevar jamás como os tengo dicho repetidamente, a vuestras hijas a confesar.

Con haberos mostrado tantos peligros como hay en ello, aún no os he dicho cuál es el mayor para una madre cariñosa, buena e ilustrada cual vos. ¿Queréis saberlo? Pues os lo diré llanamente. El peligro mayor que corrían vues-



—¿Cómo va hermano?

—Mal. Muy mal. Ni nacen, ni se casan, ni se mueren. ¡Y con esto de celebrar estos actos civilmente.... nos parten.

tras hijas si las lleváseis a confesar, es que os las roban. ¿Cómo, diréis, robármelas? Si, señora; robáros las. No sería el primero, ni el segundo, ni el centésimo caso de robo con engaño e impunidad del ladrón que ha acontecido a las madres españolas. Teatro de ellos han sido recientemente Vigo y Salamanca.

La Iglesia, señora, es un ejército que necesita soldados. Los ejércitos de mar y de tierra se componen de hombres; pero la milicia eclesiástica, como más amigo del regalo, necesita también mujeres. Si escasean se buscan. Sino acuden voluntariamente, se mandan los reglamentos, se las engaña, con lo cual, quedan cubiertas las fórmulas y las plazas. Los modos de engañar son infinitos; pero el lugar donde se verifica el enganche es uno solo; el confesonario.



No he de decir yo los tortuosos caminos que un jesuita recorre para llegar al corazón de una joven, máxime si es rica y puede llevar algunos miles de duros al convento, sembrando en él la mortal ponzoña de un misticismo estúpido, pues mata los efectos naturales de la familia y sobre sus ruinas hace brotar los devaneos de unos desposorios fantásticos con Jesucristo. Lo que consta es que la primera lección que se enseñan a los jóvenes que pretenden enganchar en la melicia de Cristo, es una lección de refinado disimulo para con sus madres, que, el día menos pensado, las ven salir a la iglesia más cercana y las esperan en vano toda su vida llorando miserablemente su ceguera y maldiciendo la hora en que por primera vez las llevaron a los pies del confesor que se las ha robado.

No lo hagáis vos, señora, y viviréis tranquila, viendo crecer a vuestras hijas en la sólida virtud de las almas que aman al Dios verdad, y cuando llegue su hora, entregadas inmaculadas a los amores de sus esposos, que cualesquiera que sean sus opiniones religiosas, celebrarán encontrar sus almas limpias de la baba inmunda que el reptil inquisitorial del confesorario deja al deslizarse por el espíritu de una virgen.

Vuestro respetuoso amigo y servidor.

RAMÓN CHÍES.

---

Curas, frailes, monjas, industriales, comerciantes, obreros y obreras, cruzad vuestros brazos el día 18, los españoles no debemos tolerar que con nuestra hambre se comercio, esto sería un crimen de lesa humanidad

¡Abajo los antagonismos ese día!

---

## EL PUEBLO Y LA IGLESIA

España es con Austria, la nación donde más se hace sentir la influencia del catolicismo. En todos los órdenes de la vida tiende sus tentáculos, este pulpo venenoso. En todas partes el campanario se levanta y destingue sobre los demás edificios; el campanario sobresale siempre como una voz desentonada. A donde quiera que dirijamos los pasos se deja sentir la acción demoledora del catolicismo, que ha sido para España la vergüenza sangrienta, la humillación fatal de un pueblo, inculto como fanático, de un pueblo sumiso, analfabeto en donde han hecho festín soculento los ministros de Dios. El catolicismo español es una ficción. Es una falsedad. Es la hipocresía sin límite, la desvergüenza sin térmi-

no. Los españoles son católicos sin religión; lo son por atrofia del cerebro, por no sentir latir en su pecho nada, que lo lleve al alto rango de religión; lo son por conveniencias por intereses, por paradoja. Por que son unos enamorados de la suntuosidad y unos siervos de la riqueza y la suntuosidad; y la riqueza ha satisfecho el anhelo, ha complacido, ha arrastrado a un puñado de inconscientes e insensibles, pero no les ha convencido. Acuden a la iglesia por curiosidad, por instinto. no por vocación o por sentimiento.

Al pueblo español, no obstante, no puede pedírsele que salga del círculo vicioso de la iglesia, porque es un pueblo sin cultura. Ha de cultivarse su cerebro para que éste adquiera ideas nuevas. La iglesia ha sido el asesino del pueblo. Tenemos latente el recuerdo horrible de la Inquisición. El pueblo recuerda esto, ve además que no se ha dado nunca saqueo y bandidaje mayor en la hacienda suya que la que han efectuado en nombre de Dios y de la religión. El pueblo siente asco por los curas, le repugnan los actos religiosos, ve la farsa, observa la trampa, adivina el comercio inmundo establecido en el mercado de la religión, el comercio inmoral pero convive con los curas, asiste a misa, da limosnas, compra bulas y pedazos de cielo, purga sus pecados mascullando unas cuantas oraciones, hace vista gorda a los actos de depravante, y embrutecedor sensualismo de los curas, fijase en la desigualdad de castas del clero... y asiste no obstante a la iglesia... luego murmura, blasfemia. Le seduce la iglesia, le enamora la iglesia por su fastuosidad y riqueza de decorado pero... la iglesia ha sido un asesino que le ha sacrificado a sus instintos bestiales. La Iglesia ha sido para España el oprobio... la infamia más grande que háyase dado.

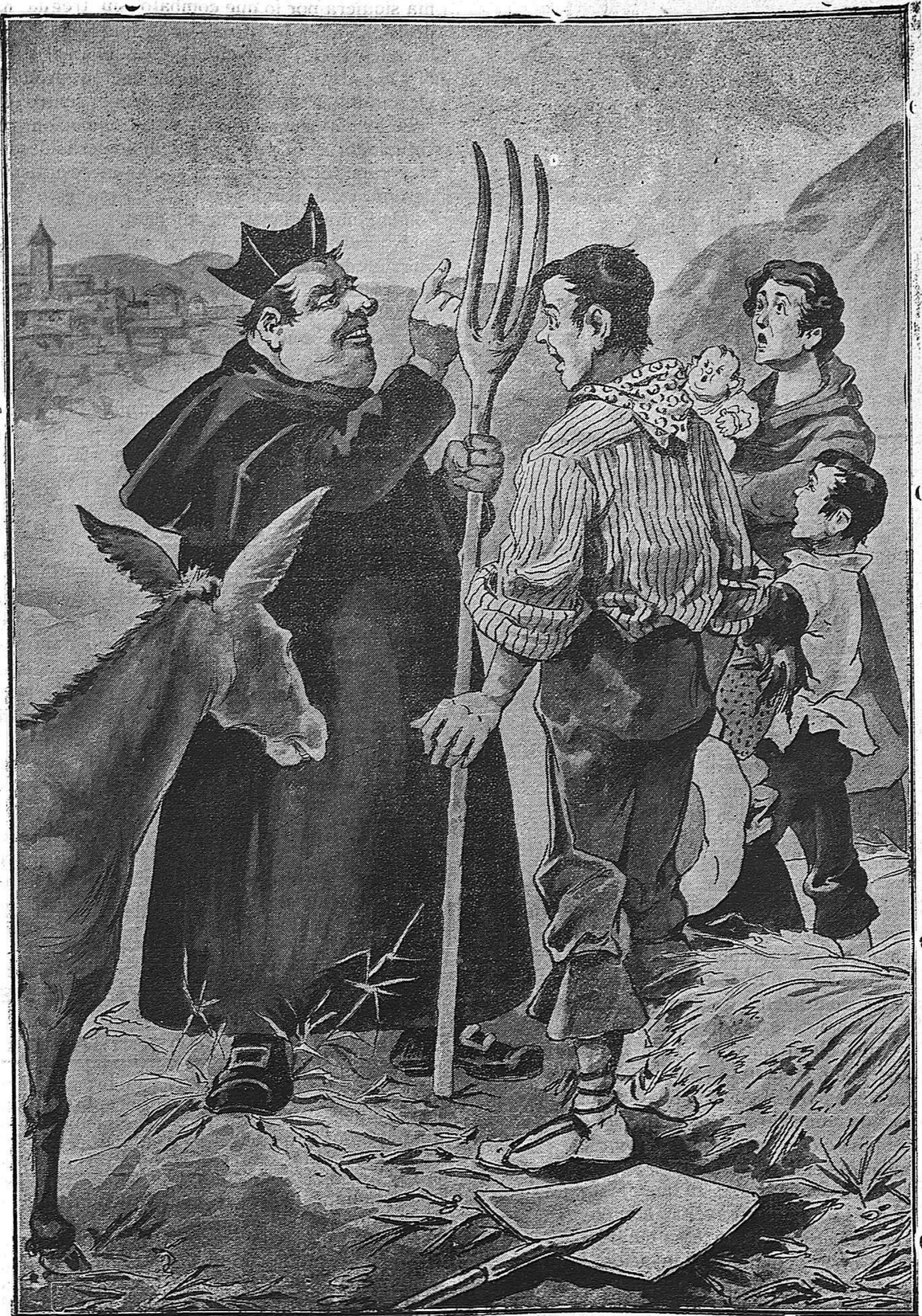
Hay que alejar al pueblo de su seno. Hay que hacerle vivir con la libertad de conciencia que viven los demás pueblos. Hay que enseñarle a vivir la vida civil, la vida ciudadana.

Hay que separar al pueblo de la iglesia. El pueblo les odia, pero se siente dominado, cogido.

M. D.







**El cura.**—¡Hijos míos! Trabajad para comer.

**El niño.**—Anda, pues, como se las averigua V. que sin trabajar está tan gordo.





Satanás, señor de los Infiernos, de quien se valen invocando su nombre muchas gentes, para hacer sus negocios. Amén.

## ME DECLARO CURSI

Los periódicos que llaman cursis a los que combatían el clericalismo, ¿que dicen ahora al ver a España en sus manos?

Lo cursi no era ni es eso; lo cursi era y es seguir la corriente de falsa devoción sin tener siquiera la disculpa de que les arrastra la creencia, confundirse con la turba que hace del culto materia de distracción cuando no tapadera de acciones vituperables.

Puede ser cursi, y lo es a veces, la forma en que algunos atacan al clero, empleando palabras y frases que no encajan en la manera de decir hoy; pero ¿el acto de atacarlo? No.

¡Cursi combatir al clero! ¡Ese clero que ha cobrado del presupuesto desde el 35 acá cerca de «nueve mil millones de reales», ha sacado doble a los fieles y nos ha promovido dos guerras que cada una nos ha costado proximadamente una cantidad igual.

¡Ese clero que da su contingente al carlismo, y contingente tan feroz como Santa Cruz y sus compañeros de tonsura y asesinato!

¡Ese clero que, servidor humilde del que posee aun cuando lo haya adquirido robando, no tiene para el pobre y el desvalido ni palabra de consuelo ni pedazo de pan!

¡Ese clero cuyos jefes viven en el fausto mientras el pueblo emigra o agoniza!

¡Cursi hablar de esto que afecta a la dignidad y la vida de la nación, hoy envuelta en la red que el jesuitismo le ha tendido!

¡Cursi el combatir la invasión frailuna que embrutece y fanatiza, acapara, y despuebla, preparando para lo porvenir días de sangre y de luto!

No es por impiedad, ni por odio, ni por ma-

nía siquiera por lo que combato sin tregua ni descanso al clericalismo; es porque veo en él la rémora para avanzar, el obstáculo para subir; es porque todo lo que la nación produce va pasando a sus manos; es porque dentro de poco, si no viene aquí una gran conmoción revolucionaria, España caerá bajo de esas desdichas repúblicas americanas que el jesuitismo deshonor y devora; y no quiero que esto sea con la complicidad de mi silencio.

No podían faltar, y no faltan, alusiones al morrión de los progresistas, sintetizando en él la persecución al clericalismo. ¡Pobre morrión, y qué mal le pagan los que sin él acaso no tendrían cabeza que sus mujeres adornase, porque el clericalismo se la hubiera cercenado!

Antes, cuando estos conflictos entre la reacción y la libertad se presentaban, la prensa neocatólica estaba a un lado y la liberal a otro. Hoy ésta excede a aquélla en la dureza de los ataques y se distingue por su intransigencia, sin duda para justificar aquello de que los primeros serán los últimos y los últimos los primeros.

Si por aquí viniera el deslinde, que tan necesario es, entre las servidores del jesuitismo, más o menos disfrazados y los defensores de la libertad, más o menos impacientes, aún pudiera aplaudirse a los clericales por lo que han hecho; más como no será así, continuaremos en esta confusión de ideas, sin saber nunca si el que está a nuestro lado es amigo o enemigo.

De cualquier suerte, conste que aun cuando convinieran todos en que es cursi atacar a los enemigos de la libertad, yo continuaría mi labor, teniendo entonces título honroso el que me calificaran; tan arraigada tengo la creencia de que España no será nada mientras tolere que el clericalismo chupe su savia y se le imponga y la domine.

JOSÉ NAKENS.

## Pensamientos

¡Miserables humanos! Ya vistáis ropón verde, ya os ciñáis, turbante, ya os cubráis con traje negro o sobrepelliz, ya llevéis manteo o golilla, no os empeñéis nunca en que prevalezca la autoridad sobre la razón ó resignaos a estar en ridículo durante los siglos, por ser hombres impenitentes, y a sufrir el odio público por injustos.

La religión pasa de padres a hijos, lo mismo que los bienes de familia, con sus cargas. Cada cual recibe de sus padres y de sus maestros el Dios que recibió de los suyos, pero, según su temperamento, cada uno le acomoda, le modifica y le pinta a su modo.





-... ¡Bendita sea la mamá que la ha parido, no pariera veinticinco por minuto, a ver si me tocaba una!  
-¡Por Maria Santisima, padre! ¡Que se va a alborotar el minino!



Voy a levantar una cruz en la encrucijada de mi camino por la vida. Una cruz de troncos o de piedras o de hierro. Una cruz de maldición. Una cruz para que oriente a los caminantes. Una cruz teñida de sangre y regada de lágrimas. Una cruz de sacrificio, de martirio, de miserias, de sinsabores, de amarguras. Una cruz de hechos sin hechos. Una cruz sin cruz. Vedla. La religión la usa y abusa como símbolo de sacrificio y de redención. La besan los

buenos. La besan los malos. Sirve para amparar, para proteger a los malos. Es la cruz que generaciones y generaciones han admirado con unción, han abominado con asco, han traficado sin desdoro, han besado sin fé. Es la cruz de los ilotas, de los comerciantes y de los que a ella hacen profesión de fé. Es la cruz de las miserias sociales que tanto ahondan en nuestro corazón, que tanto dañan el alma de los buenos. La cruz de los que mienten en su nombre. La cruz que se ha invocado en los crímenes y ha figurado como estandarte en los más horrendos asesinatos hechos a la Humanidad. Una cruz profanada y vejada por los siete pecados capitales. Es la cruz que se levanta sobre miles de cráneos que devotos se sacrificaron a las religiones. Es la cruz de la muerte. Una cruz sin vida, sin verdad, sin destellos de luz. Es como los ojos del muerto. Como los ojos sin ojos. Esta es la cruz hoy, la que existe, la que se venera, a

la que se rinde vasallaje y pleitesía. Pero la cruz que yo me propongo levantar... ha de ser superior en humanidad, en espíritu... en desprecio. Es una cruz roja, infinita, inapreciable: Es la Humanidad. La sangre se vierte en torrentes y en ríos desbordados avanza hasta el corazón tempestuoso del mar de las pasiones violentas. Es un desprecio grande que sentimos contra todo lo que no se subyuga a la voz avasalladora de nuestras ambiciones. Es la pasión fatal que sepulta a miles de voluntades y atrofia sinnúmero de cerebros. Es la vida tronchada, segada por locos y fantásticos que tejen el poder y la ambición para con este manto injusto cubrir la tragedia de su espíritu a los ojos de la razón. Son las hojas de los libros que caen como las de los árboles secos. Son las hojas de los libros que caen como las del árbol del corazón. Es la riqueza, el privilegio, que se disputa la bolsa del mendigo. Es una espada que no se enfunda nunca, que todos sostenemos: la espada de la ira y del odio que todos tenemos clavada en

el corazón. ¡Ah, Humanidad! Loca, miserable, prostituída ¿qué hay en tí que merezca respeto y distinción? ¿Qué es lo que no merece fuego purificador? Eres lo peor. Sobre tu cabeza se cierne el hambre y el vicio; la desigualdad produce mareas, tempestades de los míseros, de los hambrientos, de los rebeldes. La libertad es el calabozo insano y espantoso del cerebro. La Fraternidad es la lucha empeñada, fratricida, interminable. La religión es fuente obominable, de donde mana oprobio, envilecimiento. El clericalismo es pecado de lesa humanidad. Habrá que crear nuevos pecados, imaginar nuevos pecados, pues en los conocidos se han iniciado todos. La pureza y la virtud son dos excrementos de esta humanidad de tísicos del alma, del cuerpo, del cerebro. Nada es nada. La Humanidad será un germen que quizá produzca lo que soñamos o lo pudra y agusane más.





¡Santo Dios! Interésate por el pan mío de cada día. Dame la exclusiva para la venta de bulas, que ahora con lo de la guerra las podré vender caras.

**Trabajadores: Pasado mañana se declara la huelga general por toda España. Por dignidad propia y para demostrar al Gobierno vuestra disconformidad por su conducta, debéis secundar el paro.**

## La Razón contra Dios

Que el mundo es una obra bastante imperfecta no lo ponen en duda más que los ignorantes ó los imbéciles. Ni en la vida natural marcha todo bien ni mucho menos en la específicamente humana. Si Dios hubiese creado todas las cosas—y si no las ha creado todas no es Dios—tendría que haberlas hecho perfectas, pues no se concibe que Dios haga las cosas mal. Luego si estas cosas están llenas de defectos no pueden ser obra suya. Y al no serlo, ¿de quién son? Sea de quien fueren, lo cual, en honor a la verdad nos debe importar muy poco, al no ser de Dios, ya no es éste el principio de todas las cosas, o sea, no hay tal Dios.

Pero esto se ve fácilmente por otros muchos caminos. Dicen algunas gentes que Dios crió al hombre a su imagen y semejanza. Hay que convenir que Dios tiene algunos semejantes bien poco divinos, por ejemplo, los locos y los idiotas. ¿Cómo nacen estas desgraciadas criaturas? ¿Por la voluntad o contra la voluntad de Dios? Si nacen así porque él quiere, es induda-

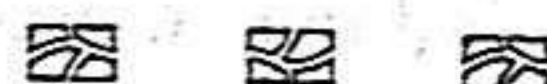
ble que Dios se complace en enviar anormales al mundo para que sufran ellos y hagan sufrir a los demás hombres; si la locura y la idiotez de nacimiento no son voluntad de Dios, sino obra de la Naturaleza, la Naturaleza, movida por Dios, se conduce bastante mal, y de cualquier modo resulta que hay seres cuya creación no es obra de Dios. En cualquiera de estas hipótesis, Dios queda muy mal parado.

El progreso humano todos los días consigue arrancar una nueva parte de sus secretos a la Naturaleza, modificando la obra del Criador. Hace poco tiempo, se celebró la apertura del canal de Suez. Dios había dispuesto que hubiera un istmo entre Asia y Africa. Como esto era un obstáculo para las relaciones comerciales marítimas, los hombres rompieron el istmo, enmendándole la plana a Dios. Antes este buen padre nos mandaba el rayo o la viruela, y teníamos que aguantarnos; ahora con los inventos de Franklin y de Jenner, podemos reirnos de ambos azotes divinos... ¿Divinos o diabólicos? Porque ¿cómo puede creerse que el bondadoso Dios sea quien maneje los males que afligen a la Humanidad? El progreso es una fe de erratas puesta al consabido libro de la Creación.

En cuanto a las cosas que Dios hace con los niños. Nacen éstos y cuando aún no tienen la idea del Bien y del Mal ya son pecadores. La manzana de Adán y Eva les hizo daño antes de nacer. ¿Qué Dios es éste que castiga a los inocentes y sin conciencia? Pero con unas moléculas de agua se lavó toda la culpa. El bautismo convierte en ángeles a los inconscientes pecadores. Pero si uno de éstos muere sin recibir el agua bautismal, ya no va a la Gloria. ¿Qué bondad es la de un Dios que así castiga a unos seres cuya razón no está formada y que, por consiguiente, carecen de voluntad para hacer el bien o hacer el mal?

Y pues hablamos de que la razón se forma ¿Quién es su formador? ¿Dios? Entonces va dándola por entregas, como ciertos novelones, pues ocurre, por lo general, que el desarrollo físico es el compás a que marcha el desarrollo de la razón. Pero ¿por que razón no llega a todos los hombres si es que no nace con el individuo? Caprichos de Dios. y a quien, al llegar a este punto, nos diga que hacemos mezclarse a Dios en muchas menudencias le contestaremos que; de todo, no haríamos, - caso de que la acusación fuese justa—nada insólito, puee los católicos meten a Dios a cocinero cuando le presentan encolerizado porque un cristiano come carne en un viernes de Cuaresma o mezcla carne y pescado en una misma comida.

FRAY LAZO





## NOSOTROS

Se discute hoy día, sobre si deben o no aumentarnos el jornal a los curas. Opinión general, es de que se nos aumente. Y este aumento, para los que tenemos bastante edad será vida, pues con el mísero jornal que percibimos es imposible sostenernos. El hambre, cuando viejos, nos ataca también y si uno no está en parroquia que produzca lo suficiente, padecerá como un trabajador cualquiera.

Verdad es que aún cuando el sueldo sea ínfimo hay curas que saben arrancar de sus tieras ovejas, regalos, dineros, que son lo suficiente para vivir con toda holgura e independencia. Cosa, esta, que no sucede nunca con los viejos. Es decir, que solo los curas jóvenes se encuentran con momios o los buscan, que les proporcionan llevar una vida acomodada de bienandanzas y satisfacciones completas. Sólo los jóvenes, pues los viejos no llamamos la atención de ninguna viuda o soltera deseosa de caricias espirituales. Y aún de los jóvenes, se hallan en este caso los atrevidos, «los que pierden la vergüenza» y procuran arrimarse al ascua con inteligencia y discreción, en cuyo caso la partida está verdaderamente ganada, quedándoles por tiempo indefinido si saben explotar la cantera, sin que nadie perciba o se entere de sus «buenas obras». Estos, ¡claro está! no necesitan aumento de sueldo y ni siquiera tienen la deferencia de pedir al gobierno un aumento en nuestro sueldo. Cumplen al pié de la letra, lo de: *darás de comer al hambriento*.

Curas sé, que desde el baluarte invulnerable del confesonario han rendido las plazas más fuertes y han llegado a ejercer gran influencia en el seno de la familia ganándose las simpatías, utilizando la casa para sus buenos propósitos. Otros, visitan otros lugares que ofrecen menos peligros. Me contaron de uno que se refugió en un armario; otro, que en los mismos claustros de la iglesia prestaba sus laudables servicios, y cuantos otros casos que no menciono por ser ya públicos. De todas maneras saben más mis distinguidos lectores que yo, pues, con estar entre ellos desconozco muchas cosas, pues, asqueado ya, ni me preocupó, ni me quitan el sueño.

Lo que llevamos dicho se refiere a los curas.

Ahora entremos en la aristocracia y el caciquismo del clero. Yo opino, que, lo que se nos aumente o nosotros en sueldo, debe quitarse de las sumas fabulosas que perciben, arzobispos, obispos, canónigos y demás categorías. Pues, la desigualdad que existe entre ellos y

nosotros es un abismo. Los obispos, con sus sueldos pueden permitirse lujos y dispendios, que condena Dios. Pueden llevar frugal y abundante comida a la mesa, catar exquisitos, satisfacer gustos que hacen que su vida sea de príncipe. A estos se les hacen muchos y valiosos regalos, y a sus despensas y bolsas acude lo mejor. Como tienen la sartén por el mango encuentran ocasiones lucrativas en gran manera.

Y los canónigos? ¡Ah! Tape usted, que aquí en Tortosa tenemos tan bellos ejemplares y tan convincentes que no necesitan explicación.

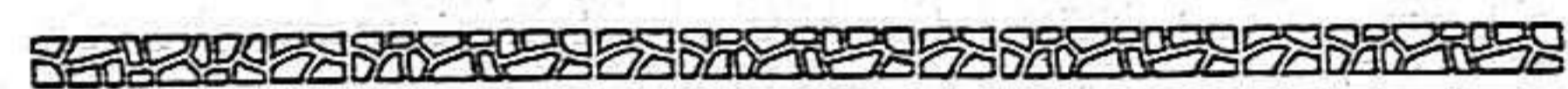
Con que queda demostrado que necesitamos más jornal los curas viejos. Los demás, váyalos con un pan caliente bajo el brazo.

Bueno, chicos, hasta otra.

MOSÉN PBDRO.



El Gobierno nos niega el pan, el trabajo y la amnistía. Probemos al Gobierno, que por ser justas nuestras peticiones son justos nuestros actos.



## PARA EL IDEAL

Merecéis amigos de EL IDEAL la felicitación más sincera de todo hombre que de liberal se precie. Sois acreedores al reconocimiento más profundo, a la estimación de todo hombre que apesar de respirarse un ambiente de hipocresía y servilismo sabe rebelarse y sacudir el yugo tiránico, opresor y comercial de la familia clerical. ¿Qué es, sino ese ideal sustentado por el clero, un comercio ambulante, que vende sus chucherías al mejor postor? ¿Qué es sino sed de oro, de dominio, ansias de placer mundano? ¿No hemos visto y vemos continuamente a esa gente apartarse del humilde y afligido para conceder glorias, indulgencias, placeres celestiales a los hombres que acrecentaron la mayoría de ellos, su poder, su fortuna desangrando y esclavizando al pueblo? ¿No vemos hoy continuamente mercadear con el cielo a esos falsos apóstoles de un Dios todo bondad y dulzura? Pues si eso son, si eso vemos, ¿cómo dejarlos tranquilos, en sus covachas asediando al ignorante, al fanático, al pobre de espíritu para que horrorizándole en las penas del infierno deje a su secta sus bienes, su fortuna para que Dios le perdone? ¡Hipocresía pura! ¡Avaricia reconcentrada! No lograremos levantar el valor moral del pueblo, amigos de EL IDEAL si no procuramos rasgar del alma ciudadana esa superstición, ese temor que les infunde las máximas de los discípulos de los Torquemada-





—Cómprame un pedazo de cielo que te lo cederé barato.

—De ninguna manera, Paiceme zeñor cura que podría encontrar ladrones por el camino.

da, Deza, Cisneros, Aduano Florencio y otros muchos santos varones que la iglesia elevó a santos por haber podido cimentar su dogma con el martirio y persecución acaparando para sí, cuantos bienes les fué posible. Combatir ese dogma, combatir esos apóstoles del mercantilismo moderno es obra buena, obra santa, obra de dignidad ciudadana.

Proseguid por ahí amigos de EL IDEAL. Que los hombres de alma liberal pierdan el temor que aún les queda en su alma y se les aparte de sí el horror que les infunde el combatir al clero.

Guerra continua e implacable a los sucesores y discípulos de los que establecieron la Inquisición. Para esa labor contad siempre con mi modesta colaboración.

MANUEL FAVÁ.

Amposta 13 12-1916,

¡Trabajadores! El día 18, se declararán en huelga los demás compañeros de España. Imitadles.

## Vaga impresión de las religiones

La religión ha sido y és para la humanidad la barrera que contiene el avance de las ciencias. Este misterio que lleva la religión en su seno, es la verdad. Una amenaza de muerte y perdición eterna ha asomado en todas horas o las puertas de la religión. ¡Detenéos—decía a la Investigación;—detrás de mí está el infi-

nito! Y los hombres de ciencia han avanzado resueltos y han descubierto la Verdad, han hallado la Razón, han sentido vivir su alma y latir el corazón, han visto más allá de lo que llamaban infinito, la Ciencia, el Progreso, el Cuerpo, el Espíritu. Han descubierto que el misterio era una preñez de innovación que nos asombra a los más exigentes. ¡Detenéos,—siguen diciendo las religiones,—trás de mí está el infinito; el infinito que es Dios y en este espacio sagrado que nadie ose caer en la tentación de entrar! Y el hombre sigue en los laboratorios, en los libros, en las entrañas de la tierra, en el vientre del mar y en los espacios siderales avanzando enamorado ferviente de las innovaciones, del progreso... ¡Avante! clama cuando siente desfallecer sus miembros. ¡Ayudadme, hermanos!

La religión, el catolicismo, es la causa de nuestro estado. Desde la Edad Media data nuestro letargo, la catalepsia en que estamos sumidos. Desde entonces, en que el catolicismo estaba en su apogeo y usaba de la muerte y de instrumentos de tortura, para que la fe llegara en los corazones rebeldes. Es hoy, el jesuitismo, esta institución vil, depravante, este espíritu de policía que influye por todas partes, el que nos retiene el paso y es causa de nuestro ensimismamiento.

¡Mentís, falsos apóstoles de la Religión! Dios, después de muerto, es para vosotros el esclavo que cedéis a cualquier precio en el mercado. La ignorancia la utilizáis para negocios fraudulentos. Con la imágen de Dios habéis cometido el homicidio más execrable que haya sufrido la Humanidad, Habéis detenido el paso triunfal de la ciencia y la habéis empañado con vuestro fétido aliento. Habéis violado el espíritu de los débiles. Habéis vertido a espuertas la inmundicia y la confusión en el cerebro de los niños. Le habéis vendado los ojos y gritado a grandes voces a su oído:—¡Dios! ¡Misterio! ¡Infinito!—Les habéis pervertido y demoralizado. Les habéis llevado por senderos tortuosos. Les habéis lanzado en luchas cruentas y fratricidas.

¡Malhaya, miserables! Habéis hecho girones la honradez y el espíritu.

JOSÉ MONCLÚS ALEMANY.





## JOSÉ NAKENS

Precisamente hoy, cuando confeccionamos este extraordinario, creemos prudente dedicar un pequeño elogio a la obra de este maestro insigne.

Nakens ha hecho una labor que ojalá la hubiéramos continuado secundándole toda la prensa republicana. No lo hemos hecho. Es doloroso ver como contados periódicos se atreven con la alimaña del clericalismo. Mientras algunos periódicos publican esquelas mortuorias y otras simplezas por el estilo, ninguno tiene una sola de sus columnas para condenar la obra del clericalismo.

Por esto, la labor meritísima de *El Motín* merece nuestro elogio fervoroso.

Por esto el insigne abuelo merece nuestra admiración y nuestro sencillo elogio que hoy le prodigamos. ¡Y ojalá nosotros pudiéramos imitarle!

## Demostremos lo que somos

Tanto en la clase trabajadora como en la clase media, es indiscutible, se pasa hoy la vida casi pudieramos decir que, artificialmente. ¿En qué piensan nuestros gobernantes? ¿No es una vergüenza que todos los pertenecientes a las clases mencionadas, tengamos que llegar al extremo de que el día 18 lleguemos, a la huelga si el Gobierno no pone en práctica medidas radicales? ¡Ah! ¡España! ¡Si levantaran la cabeza aquellos hombres que cruzaron de punta a punta tu suelo! Con la misma facilidad que supieron sacrificar sus intereses personales, sacrificarían nuevamente su cuerpo y su alma, para engrandecerte, para ponerte en lo alto, en donde te pertenece;—repito—si aquellos hombres en el día de hoy convivieran con nosotros, ni Romananes, ni Alba, ni toda la comparsa desgovernadora que rije y administra en la actualidad nuestro pueblo, nuestros intereses, ocuparían el poder. ¡Pero hoy sí! Hoy los gobernantes, no aman, no velan los intereses de la patria. Pero hay más; hoy los gobernados,—hemos de decirlo claro—no merecemos otra cosa en España; en el más insignificante de los pueblos europeos, si los gobernantes hubieran hecho la mitad de lo que en España se hace, el pueblo les hubiera pedido estrecha cuenta de su gestión, y si éste no quedara lo suficiente satisfecho, pagan con su merecido los que cometieron la imprudencia, el atrevimiento o el antojo. ¿Y aquí, se hace esto? No; los españoles de hoy, no somos los de ayer, aquellos que en todo momento se hallaban dispuestos a defender su pan y su existencia. ¿Porqué no lo somos? La raza española en su historia, se registran anales gloriosos, si; pertenecen a ella, todas esas victorias obtenidas, todos esos apuntes recogidos y archivados, para nada servirán proletario español, comerciante español, industrial español; si el día 18, día grande, día sublime, día que debes luchar, no te declaras en huelga, uniéndote

a tus hermanos de infortunio, para seguir el curso glorioso de nuestra historia, poniéndole al final del indicado día, el que supo luchar, supo vencer, y el que supo vencer, supo demostrar lo que era, lo que valía y para lo que en el mundo existía.

SANTIAGO ARIAS.

## Los obreros de Tortosa secundan el paro

El Centro Obrero de esta ciudad, en reunión de Juntas Directivas de las sociedades que lo integran, ha acordado unánimemente secundar el paro general de 24 horas, organizado por la Unión General y la Confederación, para el lunes próximo, día 18.

A este acuerdo tomado por el Centro Obrero de Tortosa es de esperar que no se mostrarán indiferentes los trabajadores de esta ciudad. Y no son solo los obreros los únicos que deben secundar este paro, sino que la clase media, esa clase que sufre las mismas consecuencias, debe también cruzarse de brazos uniéndose a los obreros, el próximo lunes.

Los problemas por cuya solución se preocupa el proletariado español, interesan a todo el pueblo; a todo el pueblo excepto unos cuantos desalmados acaparadores y capitalistas que en estos momentos tan críticos que atraviesa el país, se aprovechan sin escrúpulos para enriquecerse aún más y satisfacer sus apetitos insanos a costa de la miseria de la nación. Y puesto que lo que reclama el proletariado organizado español interesa a todos, nosotros creemos que el pueblo de Tortosa—lo mismo que los demás de España—tendrá el lunes un rasgo de energía para demostrar su disconformidad a la conducta de indiferencia y pasividad que, ante tan grave problema como el del hambre, han observado los ineptos gobernantes que nos *honran* ocupando el Poder. Y es preciso que así sea, ya que, si en este día señalado para reclamar al Gobierno pan, trabajo y amnistía, el pueblo se encogiera de hombros ante tan importante movimiento, no habría entonces por qué compadecerle.

A la huelga general de 24 horas, debe ir todo ciudadano consciente, pasado mañana, día 18. Con ella se demostrará que, lo que no ha podido conseguirse por medio de la prensa, de los mitins y de las manifestaciones, debe conseguirse con la huelga general. El Gobierno, que tiene el deber de atender las justas reclamaciones que le hace el pueblo, no podrá—si esta huelga se declara con energía y unanimidad,—ni un día más, mostrarse indiferente ante la solución de tan grave problema.

Con que, trabajadores de la fábrica y del taller, obreros del campo y de la ciudad industriales y comerciantes, cumplid todos, pasado mañana, con vuestro deber. Con vuestro deber que es, secundar el paro general de veinticuatro horas. Solo así demostraréis ser hombres dignos y conscientes, sabedores de vuestros derechos y cumplidores de vuestros deberes.